

Capítulo XII

Más sobre la parte de afectos

No se crea que la emoción deba producirse sólo en el lugar que como principal le hemos señalado. A él permanece casi siempre; pero no de una manera exclusiva. Conviene con frecuencia ir derramando en el discurso algunos golpes de pasión en los lugares que la admiten, para despertar así la sensibilidad que después debemos acudir de un modo fuerte y violento, y allanar el camino que más tarde habremos de cruzar con paso tan seguro como osado y veloz.

Mas si el orador parlamentario necesita en casi todas sus arengas excitar la emoción del auditorio, menester es que para ello comprenda bien su secreto, y aquí tenemos que entrar en una indagación puramente filosófica.

Aristóteles explicó detenidamente las pasiones, son la fuente de toda emoción, y sus partidarios han disputado con calor acerca del número de aquellas de que el orador puede sacar partido, queriendo unos que fuesen trece, y reduciéndolas otros a once. Nosotros creemos que no puede establecerse en esta parte ninguna teoría fija, y que se necesita estar a observaciones más profundas y a principios más generales. ¿Son las pasiones las mismas en todos los hombres? ¿Lo son en todas las situaciones de un mismo individuo? ¿Las tenemos iguales en la juventud y en la vejez? La razón y la experiencia nos dicen que no, y que en la edad adelantada y sombría en que el tiempo arranca de nuestros ojos el velo de ilusión a cuyo través mirábamos todas las cosas, experimentamos un sentimiento de duda, de lástima y hasta de enojo, al acordarnos de las pasiones que sentíamos en nuestros verdes años, y de que ya no nos queda más que una reminiscencia fría y desconsoladora. ¿Son las mismas las pasiones en la prosperidad y en la desgracia? Tampoco; porque la opulencia suele extraviar la razón y hacer al corazón insensible, alejándolo de los objetos que pudieran conmoverlo, en tanto que la desgracia afina y purifica el sentimiento por la larga costumbre de padecer, en la que tiene que vibrar de continuo todas las cuerdas de la sensibilidad. Aún en la misma persona y en la misma situación, esta sensibilidad y las pasiones varían a cada paso. A fuerza de recogimiento, de estudio y de meditaciones, podrá un hombre formar su carácter y llegar a creerse superior a los demás, y aun incapaz de ceder a los estímulos de que son juguete los que ven todavía las cosas con ojos más

apasionados. Pues bien: en esta situación en que la vanidad proclama su triunfo, y en que el filósofo ascético se cree fuera de los peligros comunes y se da a sí propio la medida de un gigante, un rayo de luz que le baña repentinamente, una dulce armonía que le sorprende, la vista de un valle en una tarde deliciosa, el canto de un pájaro que trae a sus oídos un sentido trino de amor, bastarán para hacerle caer del trono en que se había encumbrado, y para volverle a colocar a la altura de los hombres a quienes despreciaba, si es que no le pone a nivel de los pigmeos. El alma y el corazón tienen sus instintos, sus misterios y hasta sus caprichos. No intentemos comprenderlos, porque su regla es una excepción continua, y contentémonos con observarlos y calcular sus resultados, a fin de sacar algún provecho de nuestras generales investigaciones.

El placer y el dolor, el amor y el odio son los dos grandes sentimientos y los dos grandes afectos que el orador debe poner en juego cuando se propone producir en su auditorio una emoción viva y profunda.

A este solo punto vienen a parar todas las complicadas teorías que la profundidad del talento ha sabido fijar para dar nombre y clasificación a las pasiones humanas miradas como agentes invisibles de nuestra voluntad: más él basta a trazarnos una ruta segura, sin que necesitemos entrar para perdernos en tan intrincado laberinto, ni interrogar inútilmente al oráculo de los misterios.

El orador debe procurar en la parte patética identificar con su sentimiento el sentimiento del auditorio. Éste es su fin; y al echar mano de los medios de que se vale, no debe olvidar que las pasiones y la sensibilidad tienen diferente medida en cada uno de los que le escuchan, por lo que es necesario que su pasión, si ha de encontrar eco en todos los corazones, se acomode a la pasión de todos, les hable un lenguaje común, y se les transmita de un modo y con unas formas que a ninguno puedan ser extrañas o desconocidas. Lo mismo deja de darse en el blanco cuando el tiro se dirige muy alto, que cuando se deja demasiado la mano haciéndose caer a nuestros pies. La pasión muy elevada se escapa a los hombres comunes para quienes pasa sin ser advertida, porque no están al alcance de tanta espiritualidad ni de tanto idealismo; y la pasión revestida de formas vulgares, no es realmente pasión ni contagia, ni conmueve, ni inflama a los corazones elevados, acostumbrados a habitar en otra atmósfera más pura y más y más sutil en que está la región dichosa de sus concepciones y de sus ensueños. Por esto es necesario que el orador calcule y enfrene su pasión hasta el grado en que sea para todos accesible: es necesario que él mismo no sea dominado tiránicamente por su entusiasmo, porque el momento en que el orador pierde el dominio de sí propio, pierde también el dominio de cuantos le

escuchan. El jinete corre velozmente y con seguridad mientras dirige con mano firme y maestra las riendas del caballo a quien deja lanzarse con todo su empuje en la carrera; pero desde el instante en que abandona aquella rienda es arrastrado, y se estrella o se despeña.

Hemos dicho que todo el secreto de la parte patética está es excitar la sensibilidad: mas es necesario que no se descubra el arte, o que el orador trabaje deliberadamente para conseguir este objeto; pues bastaría que se conociera que su estudiado designio era conmover para que nadie se conmoviese. Es preciso, pues, que el corazón se sienta herido sin saber por dónde le ha venido el golpe, y que lo reciba como la consecuencia natural de un sentimiento espontáneo que a todos alcanza, y no como el resultado de una intención calculada.

Para que el efecto sea infalible, se hace indispensable que haya fundamentos de razón en el discurso, porque la voluntad sigue siempre a los impulsos y a los consejos del entendimiento, y sólo por su vía se llega hasta el corazón. Este último no sale de su inercia habitual sino excitado por un estímulo poderoso: la parte de afectos es el lugar particularmente reservado para obrar sobre estos resortes; pero cuando la razón no se ha rendido antes a la fuerza de las demostraciones, la peroración y el entusiasmo que revela, se miran como un fuego artificial que a nadie alucina, y el orador que lo ostenta, es calificado como astuto seductor. Por eso no cabe en todos los discursos el período animado y vehemente de que nos estamos ocupando. Se necesita para emplearlo que el asunto lo requiera, y por esta razón se ha dicho que la emoción debe tener un principio cierto, probado y grave.

Cúidese mucho de no incurrir en exageración en el patético. Su fundamento debe ser siempre la verdad y la razón, si bien presentadas con más vivo colorido y con las formas valientes que pueden herir con más viveza e intención a las imaginaciones. Cuando la base del patético no es la verdad, falta la convicción de que arranca siempre el entusiasmo; y el orador es escuchado con indiferencia compadeciéndole como a un delirante, o despreciándolo como a un impostor que aspira a engañar.

Pero aunque el patético descansa en la verdad y pueda con ello producir todo el efecto que el orador se propone, debe éste cuidar mucho de no prolongarle en demasía, si quiere que la impresión no se entibie y decaiga. La tensión del alma de los que escuchan es en estos momentos violenta y extraordinaria, y nada extraordinario y violento se sostiene por mucho tiempo sino difícil y penosamente. Que no se insista, pues, demasiado en el patético, si no se quiere que los cortos instantes de una prolongación inconsiderada se paguen con perder todo el fruto que se había hasta entonces felizmente recogido.

El orador debe manifestar con señales visibles que siente aquello que dice: pues si en medio de su acalorado lenguaje se le ve frío o indiferente, seguro es que a nadie logrará conmover. El semblante, los ademanes, la acción toda, deben estar en armonía con las palabras, y sólo cuando se obra esta alianza y esta uniformidad completa, es cuando del conjunto del cuadro parten las corrientes eléctricas que se apoderan de los corazones, que los agitan, los exaltan, subyugan las voluntades después de haber cautivado al entendimiento, y transportan al hombre fuera de sí mismo. Pero entregándose por entero al sentimiento para acomodar a él no sólo el lenguaje sino la acción toda, debe ponerse gran cuidado en no incurrir en afectación. Desde el instante en que ésta se trasluce, todo se pierde: la elevación cambia en una escena risible, y el sublime degenera en ridículo. Por eso hemos aconsejado que no se imite ni se muestre el orador cuidadosamente atenido a la observancia de determinadas reglas: que se entregue a la naturaleza, seguro de que ella le inspirará las palabras, las imágenes, el ademán y la acción más adecuada y conveniente.

En este período del discurso más que en ningún otro, se necesita evitar hasta la más pequeña distracción. En las demás partes de una arenga una distracción se repara bien pronto sin que se conozcan, reanudando el argumento o relación tranquila de que el orador se ocupaba. La memoria acude a sus archivos, y en ellos encuentra bien pronto la idea que un accidente había hecho desaparecer. Pero en la peroración o parte de afectos sucede otra cosa. No se trata en ella de un pensamiento cuyo recuerdo haya huido por un instante, y que vuelva a encontrarse con mayor o menor prontitud. Lo que sucede, lo que se advierte, lo que desde luego se repara, es que el calor del orador ha decaído cuando debía ir en aumento, que su llama se debilita o apaga; y entonces el auditorio se enfría con él, experimenta una postración más o menos pasajera, pero siempre penosa, y difícilmente recobra el tono, la elevación y el entusiasmo que antes sentía. El orador habrá imitado al instrumento que se desafina súbitamente cuando en él se tocaban los aires más brillantes y sublimes, que aunque bien pronto vuelva a la oportuna entonación, no alcanza a hacer olvidar con sus nuevas armonías el desgraciado paréntesis en que faltó su vibración poderosa, ni la extrañeza y disgusto que causó tan inesperada novedad.

Mas al hablar de la animación constante que debe tener la parte de afectos y que se pierde hasta por las más insignificante pequeñez, debe recomendarse mucho que se cuide de las palabras, porque perjudica en sumo grado la elección de una sola que no sea proporcionada a la majestad y calor que entonces tiene el discurso. Ya hemos dicho que sometándose dócilmente el orador a la naturaleza y al entusiasmo, éstos le presentarán

los pensamientos, los rasgos, las imágenes, y hasta las voces. Mas entre ellas puede venir alguna que sea baja o no correspondiente a la dignidad del objeto y de la peroración, y debe desecharse desde luego, porque si se tiene la ligereza de pronunciarla, se echa con ella una fea mancha sobre el cuadro que se estaba pintando, el auditorio lo repara con sumo disgusto, y experimenta la impresión de repugnancia que se siente cuando se ve a una persona vestida con exquisito gusto y con un traje de gran valor, pero entre cuyas prendas se descubre una de íntima calidad o destrozada. En estos períodos de arranques y de transportes, el orador no debe ir a caza de conceptos ni de palabras, porque todo se le presentará sin que los busque; pero debe tener prudencia y tacto en lo que elija, si no quiere arriesgarse a que una fatal inadvertencia destruya en una sola voz todo el efecto que antes había producido. Y no solamente esto: debe también cuidar mucho (y esta ventaja sólo la da la costumbre y el oído que con ella se educa y afina) de no colocar las palabras de una manera áspera y dura, cuyo inconveniente se evita con sólo anteponer o posponer una voz a otra. La peroración en la arengas parlamentarias participa hasta cierto punto de la índole y delicadez de la poesía, y si bien el anteponer inoportunamente una palabra no altera como en esta última la medida oral del verso, produce una pronunciación y un sonido difícil, que es sino una mancha, un feo lunar en medio de la dicción que corría tan majestuosa y tan arrebatadora.

Piénsese finalmente para acomodarse en todos los casos a un principio general e indefectible, en la diferencia que hay entre la parte de afectos, y las demás que constituyen el discurso parlamentario. En todas las otras habla el alma que marcha tranquila y graciosamente, que reflexiona, que calcula, que examina, que mide las frases y hasta las voces con el compás de la crítica y de la inteligencia. En la parte de afectos el alma calla para que el corazón hable: más éste habla como hablaba la tempestad cuando la furia de los aquilones la arroja sobre los picos de las montañas o sobre los senos ocultos de dilatados valles: habla con voz omnipotente que nos recuerda la voz de Dios: habla sin buscar pensamientos finos y delicados, porque este análisis y esta serenidad no se avienen con su agitación y con su fuego: habla como instrumento o intérprete de una inspiración a que no puede resistir, como la Pitonisa no podía luchar con el espíritu que la poseía y que causaba sus contorsiones. El corazón en estos instantes da libre curso a su pasión, grande, arrebatador, indomable. Su voz es la detonación que lanza el rayo sobre la tierra. Es la erupción del volcán que arroja por su boca la lava inflamada que guardaba y revolvía en sus entrañas.